

“¿Doctor, mi hijo es autista?” Cuando el diagnóstico es una garrapata.

-P-

Recién llego de hacer una serie de seminarios y supervisiones en la ciudad brasilera de Campinas. María, la mamá de Joan, está nerviosa, temblorosa, ansiosa. La ansiedad denota sufrimiento encarnado en el cuerpo, en la tensa gestualidad del rostro. Realizo una entrevista con ella por su hijo, que desde los dos años fue diagnosticado de “espectro autista”. Ahora, el pequeño tiene cinco años y desde que le dieron el categórico diagnóstico está intranquila, rebota contra una etiqueta que la deja sin esperanza. Sin embargo, espera y pelea por su deseo de desear que esa situación, que ese diagnóstico pueda modificarse y cambiar.

Comienza la entrevista con María, me mira, y en el cruce de miradas, en ese sutil toque intocable del encuentro de los rostros afirma: “Doctor, tengo que hacerle una pregunta, ¿Mi hijo es autista?”. Soledad, desamparo e intemperie alojan este interrogante.

-Q-

María retoma la pregunta: “Doctor, ¿Mi hijo, es autista?”

¿Cómo ocurriría una existencia autista?, ¿Existir sin subjetividad?, ¿Una existencia que implique la existencia de un “espectro autista”?, ¿Existencias anegadas de vida, de imágenes y fantasías?, ¿Ser sin existir, sino siendo diagnosticado y pronosticado autista?, ¿Qué podría hacer un niño sometido a la fijeza e inmovilidad de la permanencia de la misma experiencia diagnostica?.

Por la mañana, conocí a Joan, un niño pequeño cuya mirada en un rostro dócil, demanda reconocimiento, espejos de orientación y juegos. Pude relacionarme con él, jugamos, compartimos una escena, una experiencia en la cual en un recipiente, específicamente en una palangana, había agua, pero por esa cualidad de la ficción el agua no era solo eso, no era líquido, sino un río, donde había animales, peces, reptiles, de distintos colores, que hacían del agua, de la palangana, otra escena. En ella, Juan podía poner en acto la potencia que desea desear, mirar, jugar. Indudablemente, Joan, no era un niño autista, al intentar relacionarnos con él podía entrar en el territorio de la ficción y jugar.

-R-

La garrapata, es un pequeño animal completamente ciego y sordo, percibe la proximidad de su presa solo a través del olfato. Al momento de salir del huevo, no está completamente formada: le faltan un par de patas y los órganos genitales. Pero ya es capaz, en ese estadio, de atacar animales de sangre fría, como la lagartija, apostándose sobre la punta de una bizna de hierba. Después de algunos cambios sucesivos, adquiere los órganos que le faltaban y puede dedicarse a la caza de animales de sangre caliente. Este animal, carece de ojos y encuentra su puesto de emboscada solo gracias a la sensibilidad de la luz. El olor de ácido butírico que emana de todos los mamíferos actúa sobre el, como una señal que lo induce a abandonar su puesto y a dejarse caer a ciegas en dirección a la presa. Si la buena suerte lo hace caer sobre algo cálido, el animal de sangre caliente busca a través del tacto encontrar un lugar desprovisto de pelos y lanzarse de cabeza en el tejido cutáneo. En ese estado parasitario, puede succionar lentamente un borbotón de sangre caliente.

A diferencia de las pequeñas garrapatas, los diagnosticadores no succionan vorazmente la sangre de su víctima. Ellos absorben con su diagnóstico-pronóstico la posibilidad de la plasticidad neuronal y simbólica. Desconocen en acto la neuroplasticidad y el aparato psíquico. Congelan un signo (una no respuesta, una estereotipia, un gesto, un déficit, una diferencia) y lo determinan como anomalía de la supuesta normalidad del manual, del DSM IV, V, o el que corresponda.

La garrapata, en medio de millones de señales posibles, solo responde a tres: a) el olor del ácido butírico, contenido en el sudor de los mamíferos, b) el calor en su piel y c) la temperatura de 37º, que posee en la sangre cualquier mamífero. Ante estas señales, signos, realiza el diagnóstico, se desprende de la rama, en la cual se sostenía por sus extremidades, dejándose caer. No olvidemos que es un animal ciego, sordo y mudo. Al llegar al cuerpo del mamífero en cuestión, humano o no, busca el sitio adecuado, donde succiona el líquido sanguíneo.

Cuando un diagnosticador está en una posición de verdadera "garrapata", solo basta "olerlo" para que un niño sea su "victimario", es ciego y sordo a cualquier otro índice que no sea su propio manual, donde reconoce la patología y sin contemplación se mira en ella, para determinar la sentencia.

La pobreza en el mundo de la garrapata es extrema, se aísla a tal extremo que puede estar años (en un laboratorio inglés, ha estado 18 años) quieta, inerte y fijada en esa posición hasta que pasa un mamífero cualquiera y despierta la señal. Sin embargo, dicha pobreza es también lo que da gran seguridad. Los diagnosticadores de turno, también se sienten seguros, ellos tienen el poder de decidir que nombre y etiqueta recibe el niño. Frente a dos o tres señales dictaminan si es autista, es espectro, es ADD (con o sin hiperkinesia), es TGD, es bipolar, es discapacitado, es síndrome.

-S-

Asusta la increíble pobreza del diagnóstico, se aseguran de unas cuantas señales, signos e índices y ya determinan el futuro del niño. Es una observación absolutamente limitada, no se relacionan con el niño. Son ciegos, sordos y mudos en lo concerniente a la historia singular, al sufrimiento subjetivo, a la historicidad familiar y a las experiencias infantiles. Responden unívocamente a alguna respuesta-señal, o algún indicador cognitivo, comportamental y se aseguran rápidamente una clasificación conductual, en la cual desaparece el sujeto y aparece la voracidad de la pequeña garrapata.

Cuando la garrapata instintivamente se prende al mamífero para alimentarse de su sangre, hay que tener mucho cuidado en extraerla, en sacarla de allí. Ya que si queda incrustada la mandíbula en el cuerpo del animal, continúa sangrando. La hemorragia imparable, es la huella muerta de la garrapata. Ella, puede morir, pero sus mandíbulas siguen produciendo el sangrado y la infección correspondiente. Cuando un diagnosticador les lanza un diagnóstico: "Señora su hijo es espectro autista", las mandíbulas están clavadas y no dejan de sangrar, infectan el ambiente, el clima familiar y social. La mamá de Joan, acongojada, vuelve a preguntar: "¿Mi hijo, es autista?".

-T-

Tanto la pequeña garrapata, como el gran diagnosticador, tienen códigos específicos pre-establecidos de antemano que lo caracterizan e indican siempre como actuar, determinar y diagnosticar de acuerdo a una dirección lineal, a un código que enuncia un signo. Por ejemplo,

la garrapata repite el mismo comportamiento conductual (se deja caer cada vez que siente el olor a ácido butírico). El diagnosticador reproduce el mismo diagnóstico, con los parámetros que sustenta y justifica el manual, basta con que un niño no responda la consigna, o no comprenda un gesto, una pregunta o un cuestionario, para determinar correspondiente patología y el déficit.

Las diminutas garrapatas responden instintivamente al estímulo, se dejan caer y no registran, ni les interesa saber el mamífero, el huésped sobre el cual han caído. Buscan alojarse en la piel y comienzan a succionar. Ante la situación “x”, ellas hacen siempre y de la misma manera: “y”. A Joan, le cuesta tomar un objeto y jugar, por momentos mira y en otros, la mirada parece ausentarse. En esos instantes, se aísla y permanece más solitario, frente a estas conductas “x”, responden los diagnosticadores: “Su hijo es espectro autista”. Ante: “x”, la respuesta es: “y”. Para ellos existe como espectro autista y así lo determinan.

-U-

En nuestra clínica y campo educativo, nos encontramos con cada vez más diagnosticadores “garrapatas”. Ellos atentos, saben que y como hacer con un niño. Dicen aquello que se debe hacer y el modo de hacerlo. Hasta transforman a los padres en parte de la misma metodología. La familia confía y hace todo lo que se le solicita. Nosotros en cambio, partimos de un criterio ético por el cual lo esencial es relacionarnos con el niño y la problemática singular y escolar, respondemos a una singularidad pero no podemos anticipar la respuesta, ella se constituye a través de la experiencia relacional y simbólica.

Nuestra intervención supone atravesar un cierto vértigo, propio de cualquier relación, que origina una nueva experiencia. Los métodos tranquilizan, someten, dan seguridad. Dan un sentido, un significado que generalmente niega cualquier otra alternativa, otra posibilidad, o tan siquiera la capacidad de asombro por lo inesperado e impensado del acontecer. Aseguran un único camino y desde él intervienen (vía métodos, medicación o estrictas metodologías), deciden lo que debe hacer el niño, los padres y el docente (el del aula, como también el docente integrador).

Desde nuestra posición ética, la experiencia infantil está siempre por hacerse, ocurre entonces el sin sentido que ella alberga como potencia y misterio. Por hacer el método, los terapeutas, los padres, los docentes y el niño, muchas veces no pueden jugar, tampoco pueden liberarse del sufrimiento que causa el malestar, sin esa posibilidad el sufrimiento, se fija y se instala en lo corporal, como último refugio posible para darse a ver a otro, pero para mirarlo hay que relacionarse con él.

Los diagnosticadores, de algún modo, posen al niño, en una soledad que los aliena otra vez al diagnóstico. Soledad, desolada en la que convive y aún más se aíslan. Podríamos denominar a este tipo de relación, entre el niño, sus padres y el diagnóstico como una crueldad gozosa, un goce cruel, que finalmente le impide al pequeño hacer lazo social y si lo hace, lo realiza como excepcional en un círculo sin salida. Encrucijada repleta de metodologías y pronósticos. Desconocen lo esencial: el otro no se puede gobernar, ni poseer su deseo, porque el otro es lo indeterminado y como tal, no es dueño de su deseo.

-V-

Nuestros niños “TGD”, “Espectro autistas”, “ADD”, “Locos”. Nuestros pinochos, se encierran en sus estereotipias, ritmias de angustia, ecolalias, en una sensible sensibilidad solitaria que necesita una y otra vez experimentar para existir desolado. Esclavo del cuerpo, del movimiento

reiterativo de lo mismo, no puede separarse o tomar distancia de la experiencia que reproduce sin pausa. Se ve impulsado por ese impulso cruel, que no alcanza a dominar y repite el único espejo que puede y se anima a reproducir. En estos casos, para nuestros pinochos no hay plasticidad posible.

Cuando en la clínica, en la escuela nos encontramos con la mirada de un niño que hasta ese momento no podía mirar o le cuesta sostener la mirada. No estamos jugando. Miramos la mirada del otro, somos sensibles a esa mirada a través de la mirada gestual. Nos dejamos “tocar”, “mirar” por la mirada del otro y en esa intriga nos conmovemos al reconocernos en un espacio que no es ni de uno, ni del otro. Se trata de la relación, del sutil espacio del “entredós”. Es un espacio donde el sentido se multiplica, pues ni depende ni de uno ni del otro, sino de lo que acontece entre los dos.

Partimos, del deseo del don, que abre las puertas entreabiertas por el don del deseo. Nuestro interrogante se sostiene en el sufrimiento del otro, que a través de los gestos, el movimiento, la palabra, la postura, la mirada, clama por ser considerado objeto de deseo y no una clasificación categorial. Si el niño es un sujeto, se relaciona con otro en una relación nunca determinada de antemano, sino en la aporía de una mirada sensible que se constituye en la singularidad imprevisible de cada acontecimiento.

-W-

La mamá de Joan levanta la vista, acongojada me mira y afirma: “Perdón, pero necesito otra vez hacerle una pregunta, porque para mi es muy importante saber esto: ¿Mi hijo, es autista?”. La miro, nuestras miradas se tocan en ese espacio inefable, y al mismo tiempo sutil e íntimo. En ese encuentro afirmo: “No señora, su hijo Joan, no es autista”, ella sin dejar de mirarme sonrío, y al unísono se le caen lágrimas, llora. Llanto alegre, tierno, sufriente. Transmite en cada lágrima, el deseo de que Joan no sea un diagnóstico (garrapata). Como si las lágrimas, en cada gota, procuraran desprenderse de la desazón de un diagnóstico-pronóstico invalidante que clausura cualquier devenir o cambio posible.

Las lágrimas de la mamá de Joan inundan el consultorio, la terapeuta a su lado, que nos acompañó durante toda la entrevista, la mira, me mira y en ese instante no puede contener las lágrimas, que resbalan en sus mejillas compartiendo el sufrimiento del otro, en este caso, de la mamá de Joan. Las dos están llorando, me encuentro frente a ellas. El llanto esperanzado de producir un cambio (de eliminar a la garrapata) se acopla a mis palabras. La gestualidad confirma el mutuo espejo, que espeja el dolor del otro. Conmovidos, nos sensibiliza la sensibilidad del otro hasta hacernos existir en la anticipación de un sujeto, que como Joan, toma la experiencia escénica y puede cobrar vida en la representación, en la cual él se reconoce y puede des-conocer el lugar, la posición de objeto.

Joan, se transforma en un gran trapecista, potencia la experiencia infantil y en el devenir del instante suelta las manos de la barra (que se encuentra a metros del suelo, sostenido por gruesas cuerdas) y queda suspendido en el aire, expectante, hace de cuenta que puede volar, sostenido por el hilo invisible del impulso deseante para alcanzar la otra barra que vuela hacia él, y al encontrarse con ella, el acontecimiento se realiza.

Ahora, Joan puede jugar y entonces creer por unos momentos que es posible volar...pero para ello hace falta una vez más repetir que Joan no es autista. Las lágrimas derramadas iluminan ese instante y dan paso al deseo. Joan, nuestro pinocho, desde lo alto nos guiña el ojo... alcanza a tomar la barra para lanzarse a jugar y por unos instantes siente el placer de devenir otro, aquel que le permite constituirse en la experiencia infantil en escena.

Lic. Esteban Levin

Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).